

No me gustan las biografías repletas de fechas y datos que aburren hasta la saciedad, huyo de ellas. Es útil saber que las matemáticas están presentes en todo cuanto nos rodea, pero considero que el paso del tiempo, las estaciones, el crecimiento de los árboles, las composiciones musicales o las catedrales góticas no deben ser vistas únicamente como una inapelable sucesión de Fibonacci. Creo sinceramente que es el gran error de nuestro tiempo, supeditar todo a las matemáticas. Todo es susceptible a los números, a las cifras, y valorado en base a ello. La proporción áurea puede ser vista y analizada como una fórmula, sin más, y por lo tanto medible, sin embargo, lo que provoca ese orden universal en nuestro fuero interno, lo que en definitiva nos hace sentir, afortunadamente todavía no lo es. Me esfuerzo todos los días en creer que es así.

Moncho, como le llamaban los más cercanos, supo conjugar ambas cosas. Se comportó como seguro hicieron muchos maestros del medievo que levantaron catedrales (salvando las distancias, una catedral no deja de ser una “empresa”) derrochando gran parte de su tiempo entre cuadernos de cálculos y la merecida lealtad de aquellos que levantaron las piedras y a quienes ofrecieron su mano y consideración. Empático y humano, por lo tanto. Así me lo contaron quienes lo conocieron mejor que yo y creo que así debo contarle, a través de sus voces. Estas personas gozan de mi plena confianza y doy por hecho que simplemente las cosas sucedieron así, sin más. Tal y como a mí me las han contado.

Mi padre

Uno de los primeros clientes



Supongo que no es nada fácil escrutar la vida a través de los ojos de mi padre. Después de años de duro esfuerzo y trabajo es costumbre encontrarlo haciendo crucigramas, sopas de letras o moviendo en silencio y con lentitud las fichas de dominó. Siempre fue una persona activa, lo recuerdo fuerte y ágil, pero le diagnosticaron Parkinson hace unos años y creo que ya solo se siente preocupado ante la posibilidad de algún revés que le impida acudir todos los domingos a Abegondo para ver crecer a su nieto defendiendo los mismos colores que él mismo soñó defender como portero en su adolescencia.

Nació en una casa humilde, pequeña, con dos habitaciones y una estancia contigua para una vaca. Era lo que había. Mi abuelo cortaba el pelo en sus ratos libres y ante el incremento de solicitudes había decidido montar una peluquería en el pueblo, lo que le llevó a pedir prestadas cuatro mil pesetas. Justo lo que

costaban los dos sillones rojos que necesitaba para empezar...pero se equivocó. Simplemente no era el momento. Sufría continuas crisis de ansiedad desde que regresara del frente, en la batalla del Ebro, y se habían agravado con el paso de los años. Decidió acabar con su vida una tarde de verano, cuando el trigo teñía de ámbar los campos en los que mi abuela, mi padre y su hermana pequeña lo esperaban. Vendieron la vaca y pagaron las deudas. Mi abuela se quedó sola, sin fuerzas, y mi padre durmió con ella todas las noches durante el tiempo que permaneció ingresada en el sanatorio. Tenía doce años la tarde en la que prometió a mi abuela que cuidaría de Pilar, pero no tardaron en separar a los dos hermanos. Las autoridades ordenaron la adopción de la pequeña y a mi padre lo internaron en un colegio para huérfanos, muy cerca de Riazor.

Dudo mucho que Ramón llegara a conocer la historia de mi padre, pero supo ver en él la humildad y honradez de quien acumula en las manos agrietadas muchos años de trabajo y sufrimiento, así que se interesó por el proyecto de aquel joven futbolista, un pequeño taller mecánico que se disponía a abrir con dos socios en el barrio de Eirís.

Las primeras reuniones fueron una simple toma de contacto. Alguna cena en la que ambos parecían haber acordado un silencio mutuo y donde el peso de las conversaciones recaían casi por completo en los socios de mi padre. Que si necesitamos este u otro servicio, que si las condiciones de pago deben ser más flexibles...nada que haya cambiado tanto como para que nos parezca extraño hoy en día. El caso es que Ramón aceptó apoyar el proyecto adelantando un importe en materiales de consumo cuya cantidad todavía desconozco. A ninguna de las dos partes le pareció prudente detallarla en su momento, y yo no suelo preguntar.

Cuando mi padre se refiere a Ramón lo hace despacio, aliviado seguramente por haber devuelto hasta el último céntimo y agradecido, sobre todo agradecido. No es fácil encontrar acreedores tranquilos, pausados y dispuestos al diálogo cuando las cosas se complican, me dice. Supongo que se trató siempre de una cuestión de fe, de confianza en los demás y en uno mismo. De estar dispuesto a echar una mano asumiendo los riesgos.

Reborido

Más de 40 años en la empresa

Mis primeros días con Reborido los pasé visitando clientes, tascas y “furanchos” empeño imprescindible en su forma de entender el comercio y la vida. Esos lugares me ofrecieron la oportunidad de escuchar a viejos clientes que no hicieron sino corroborar la idea que se había asentado en mi cabeza tras la conversación con mi padre. Para la mayoría no suponía un estorbo relatar los pormenores de su día a día si quien los acompañaba gozaba de la confianza de

mi mentor. Todos tenían una historia que contar y todos, absolutamente todos compartían el mismo agradecimiento hacia Ramón.

A Reborido le apasiona la música de Freddie Mercury y el sonido grave del saxofón, al que podrá dedicar tiempo a partir de ahora. Se jubilará en Julio y lo echaremos de menos. Lleva trabajando en la empresa algo más de cuarenta años y a pesar de haber sido un bohemio implacable presume de no haber faltado un solo día al trabajo o de haber llegado tarde alguna vez. Cumplió sobradamente estirando el horario hasta las madrugadas y levantándose con las primeras luces para presentarse en el trabajo a primera hora. Supongo que fue esa y otras lealtades lo que llevó a Ramón a cumplir también con él cuando perdió los puntos del carnet y se las arregló para que dispusiera de un conductor propio durante el año y medio que duró la sanción.

Los encontré muchas tardes de viernes conversando plácidamente al sol que atravesaba la cristalera de las oficinas de la Grela.

Currás

El primer trabajador de la empresa



A mediados de los sesenta la ciudad bullía con los primeros coches a los que podía acceder la clase obrera. Se habían montado negocios de recambios y concesionarios, algunos de ellos lo suficientemente importantes como para monopolizar el mercado o, al menos, acaparar gran parte de él. En uno de ellos trabajaba José Luís Currás, un joven de veinticuatro años que se convertiría en el primer obrero de Ramón.

Acabo de quedar con él en la cafetería “Saraiba” en la Ronda de Outeiro. Estas malditas tormentas de junio han provocado un pequeño atasco y llego tarde. Lo encuentro tomando un café. El rostro delgado y la voz ronca. Sonríe cuando le toco el hombro mientras pido disculpas y él resta importancia al asunto.

Con más de ochenta años a la espalda dedica la mayor parte del tiempo a su mujer, enferma de alzhéimer, así que agradezco la brevedad de estos momentos que me dedica porque intuyo lo valioso que debe resultarle el tiempo ahora.

Nació en el Orzán, en mil novecientos cuarenta y uno. Era el quinto de ocho hermanos que debieron curtirse a temprana edad, con la segunda guerra mundial ya iniciada y la nuestra sin cicatrizar. ¡1941 fue el año del hambre! enfatiza. Y es que recuerda la playa sin arena, cuando todavía era un cúmulo de

cantos rodados que cruzaban las ratas en busca de los desperdicios del matadero.

Cuando le pregunto si recuerda su primer juguete se ríe y no duda en describir una pistola de fulminantes de tira que, cuando “matabas” a alguien era porque habías amartillado y apretado el gatillo seis o siete veces. Al momento establecemos un vínculo y conectamos rápidamente porque lo entiendo, a mí también me desesperaba la imprecisión de aquellos revólveres que encontraba a los pies de la cama la mañana de Reyes. Acabábamos antes con el “pum” “pum” que vociferábamos cuando teníamos los de madera.

Me sorprende la cantidad de datos que recuerda, fruto de la memorización continua de referencias, supongo. Aunque yo prefiero las anécdotas y enseguida se lo hago saber.

-Vendíamos las piezas -me dice -pero también las montábamos. Muchas veces en mitad de la calle, daba igual que fueran cerraduras o bandejas. Aparcábamos el coche sobre la acera y estirábamos el cable prolongador del taladro hasta un enchufe, dentro de la tienda. Puede parecer chapucero, pero entonces las cosas eran distintas, nos buscábamos la vida. Estábamos los dos solos y los dos teníamos que hacer un poco de todo. Así fueron los inicios, duros, pero de gratos recuerdos. La comunicación era fácil, él llevaba las cuentas, visitaba clientes o se encerraba en la oficina a pensar.

Pronto surgió la idea de repartir las piezas en bicicleta y llevarlas directamente a los talleres, algo que nadie había hecho hasta entonces. En eso fuimos pioneros.

Ríe de nuevo recordando a Ríos, el chico del reparto, subiendo y bajando las calles con la cesta repleta de pastillas y discos de freno.

Disfrutamos tanto de la conversación que sin querer bajo la guardia y cometo el error de preguntarle directamente por Ramón. Enseguida aparta la mirada hacia los cristales del ventanal por donde se desliza la lluvia y evita mirarme a los ojos mientras saca el pañuelo para enjugarse las lágrimas.

-Era una gran persona -escucho y permanezco en silencio hasta que recupera la voz -sabía cuándo alguien tenía un problema, lo intuía fácilmente y hacía todo lo posible para resolverlo. A veces sin mediar palabra y evitando siempre el reconocimiento. Así es que ni siquiera le conocí enemigos en la competencia.

Hablamos largo y tendido, y tras la confianza le recrimino la injusta bronca con la que me intimidó la primera vez que se encontró conmigo, cuando ni siquiera sabía mi nombre. Se lo reprocho con cariño y aunque se sonroja levemente y se disculpa, reconoce que era exigente en el trabajo.

- ¿Sabes? - me dice para cambiar de tercio -Con el tiempo fuimos cuatro. Convenció a Pepe Gómez, un avezado recambista de Guísamo, para que formase parte del proyecto y cuando se dejó de trabajar los sábados por la tarde

nos reunía a todos y nos íbamos de tapas. Al llegar a casa no teníamos hambre. Siempre era tarde y no cenábamos.

-Ni bebáis, supongo

- Ni bebíamos....

Nos abrazamos bajo una lluvia persistente y nos despedimos tomando direcciones distintas. Seguramente volvió a sus recuerdos esa noche, antes de cerrar los ojos, reconfortado en el silencio y la tranquilidad del espacio compartido con la persona perfecta. Por mucho que el olvido se empeñe en complicarlo.

Pepe Gómez

Primer comercial de la empresa

Si hay algo que eché de menos en mi reunión con Pepe fue una grabadora. Es una persona culta, de conversación ágil y fluida. Sin duda un interlocutor con recursos. Su lenguaje directo y sin ambages facilita mucho la comprensión de las cosas y si a ello sumamos el ingenio que lo caracteriza el disfrute está garantizado. Es por ello que nos extendimos hasta el punto en el que tuvo que ser él mismo quien me invitase amablemente a retirarnos cuando empezó a bostezar y consideró que ya nos habíamos contado lo suficiente.



Creo que se está haciendo mayor.

Sin rodeos me habló de aquellos primeros años con Ramón.

-Tenía ganas de saber quién era ese “películas” del que tanto y tan bien hablaba todo el mundo. No había hecho nada todavía, acababa de empezar y yo tenía el culo pelado de lidiar en los talleres más difíciles y de trabajar en una buena empresa. Me las sabía todas. Me había servido de las peores artimañas que uno pueda imaginarse. Tanto, que a pocos les sorprendería que acabase entre rejas en una de esas. No te rías, te lo digo en serio, era un auténtico granuja. Por eso no entendí que alguien así intentara convencerme para trabajar en su “empresa” de dos o tres personas ¿Qué se cree este? Estuve a punto de no acudir a la cita, pero me entró la curiosidad, convencido de que estaba inmunizado contra todo tipo de astucias y triquiñuelas. Sin embargo... Y no me preguntes cómo, salí de allí convencido de que tenía que dar ese paso, con la cara de mentecato que se te queda cuando tienes la sensación de que, por primera vez, alguien te la ha jugado.

Tardé en ser consciente de lo afortunado que fui aquella tarde. Con el tiempo, echando la vista atrás, no debo sino reconocer que me convertí en una buena persona. Más que los ejemplos, quizás sean los buenos hábitos los que nos acostumbran a serlo. Su forma de entender las cosas significó para mí un punto de inflexión...Mira rapaz, recordaré siempre una cena con unos clientes. Era una cena importante. De buenos mariscos y mejores vinos. Recuerdo que entró en el restaurante acompañado de un chico joven, un gitanillo moreno y delgado. Es el nuevo repartidor, nos dijo. Nos lo presentó y lo sentó a su lado. Dios mío...entiendo que no se preocupase de servirme u ofrecerme nada porque me las arreglo solo, pero durante el tiempo que duró el festín estuvo más pendiente de que no le faltase de nada al muchacho que de nuestros clientes. Supongo que, a fin de cuentas, debí entender que para eso me había contratado.

La verdad es que había conseguido formar un grupo cohesionado por la confianza y las buenas formas y eso precisamente fue lo que trasmitimos a nuestros clientes, pequeños y medianos emprendedores con los que resultó fácil entendernos. Como siempre he dicho, tanto ellos como nosotros entrábamos en su oficina con un problema y salíamos con una solución. Y así, poco a poco nos fuimos convirtiendo en los recambistas de los pobres. De la forma más humana y sencilla posible.

Ramón



Puedo imaginar a Irene y a él llegando a Jimena en una Lambretta, dejando tras de sí una estela de polvo. Detenerse frente a la casa familiar y llamar a Pepe para que bajara a jugar al fútbol o para refrescarse en el bar donde nunca había entrado una mujer con pantalones hasta ese momento. Por lo que sé, vivió por y para ella los últimos años, cuando al fin dispuso de tiempo para ello. Y al fin le regaló las mejores vistas de la ciudad donde habían crecido sus hijos, sobre el mar de María Antonia. Son ellos quienes recuerdan el sonido del timbre los domingos por la mañana cuando los despertaba la mala costumbre de un mecánico que necesitaba piezas a esas horas. ¡El lechero! Les gritaba su padre y se asomaban de puntillas a la ventana para verlo. Recuerdan también las sardiñadas en Lorbé y los desplazamientos largos, siendo ya mayores, para verse y comer juntos.



Cada uno de nosotros somos en gran parte la huella que dejamos en los demás. Es algo que podría definirnos cuando se nos agota el tiempo. Y creo, sinceramente, que, en este caso, poco más puedo añadir, salvo agradecer a quienes me dieron la oportunidad de haber disfrutado tanto de estas tardes de café y tertulia.

J. Jacobo Ríos
A Coruña, Julio de 2023

